



CIENTÍFICO-LITERARIA
 AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL

DIRECTOR,
D. Eduardo Portalés Segura

REDACTORES,
 D. Enrique Segura. | D. José Fola Igurbide.
 D. Cayetano Huguet. | D. Fernando Sasset.
 D. Bernardino Montiel. | D. Carlos Linás.
 D. Enrique Bezales.

— AÑO V. — Castellón 22 Marzo de 1885. — NÚM. 8. —

SUMARIO. SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: Breves ideas sobre los terremotos y volcanes, (continuacion), por «L. Parral».—La mujer caída, por «Nomen».—La sombra de doña Juana, (cuento), por «V. Blasco Ibañez».—Crónica de la semana, por «Fabricio».—Miscelánea.—Cubiertas y anuncios.

Seccion Científico-Literaria

BREVES IDEAS SOBRE LOS TERREMOTOS Y VOLCANES

Continuacion. (1)

VI. TERREMOTOS NOTABLES.

LA palabra terremoto (*terrae-motus*) movimiento de la tierra, nos dá á entender, no los continuos movimientos de la misma, sino aquellas repentinas y violentas sacudidas que se dejan sentir de tiempo en tiempo en diferentes partes del globo y cuyos efectos lamenta la humanidad, desde muy antiguo.

Fueron notables (aparte de otros mas antiguos de que se tienen ligeras noticias) en el Asia, la cuna de la humanidad, el que hubo en tiempo del cruel Tiberio, el cual, á pesar de su depravado corazon, eximió por cinco años del pago de los tributos á las

(1) Véase el número anterior.

ciudades de Sardis, Magnesia, Mostenes, Mirina, Egea, Hierocesarea, Cyma, Tmolo, Temni, Apolonia, Filadelfia, Hircania, doce poblaciones de las más florecientes del Asia, que se convirtieron en un momento en informe monton de ruinas.

Dicen algunos historiadores que tambien estaba comprendida Efeso.

No se redujo solo á esto la munificencia del César, sino que envió grandes sumas para la reedificacion, llegando á la respetable suma de diez millones de sesteracios á la de Sardis. (1)

Los pueblos agradecidos levantaron una estatua en su honor. Véase cuán pronto olvidaban que el tirano les chupaba el sudor de su trabajo continuamente, y que en aquella ocasion no hacía mas que pagar una deuda de gratitud. ¿Quién mas obligado que él á socorrer á los pueblos el dia de la desventura, cuando tantos dias de ventura le proporcionaron durante su vida, aunque sin merecerlo?

Y aun juzgan los historiadores que este

(1) Un «sesteracio» valía sobre 20 céntimos, de modo que eran dos millones de pesetas próximamente.

vil asesino de la humanidad, no hacía estos favores por el bien de los socorridos, sino por lujo, pues «el desprecio le arrastraba á acariciar y hollar á la humanidad por mero capricho, como si fuese su juguete.» (1)

Poco motivo había para creer que fuese por caridad cuando «mandaba matar á muchos, porque se manifestaban compasivos; temía el porvenir, y enviaba al suplicio á los niños de nueve años. Los motivos más absurdos bastaban para conducir á la muerte.» (2)

Sufrieron mucho en aquel terremoto varias comarcas del Ponto, de la Sicilia y de la Calabria.

La América tiene tanto fuego en sus entrañas, que puede decirse es una cadena de volcanes. Apenas hay ciudad que no haya sido arruinada por los terremotos, lo cual podrá indicar que su corteza es ménos gruesa y que se ha consolidado en época posterior á la del antiguo continente.

Cambia el aspecto de regiones enteras, elevándose montañas en el llano, deprimiéndose las que ya existían, cambiando el curso de los ríos, formándose nuevos lagos y alterando el clima de los países.

La América del Norte sufrió treinta y dos terribles sacudidas en la noche del 23 de Enero de 1663, siendo devastado el terreno en un espacio de trescientas leguas. El río San Lorenzo quedó obstruido por dos colinas que se derrumbaron sobre su cauce, y sus altas riberas quedaron á flor de agua segun Charlevoix. Tocaron solas las campanas, se acostaron los árboles, se abrieron las paredes, pero con suerte, no pereció ninguna persona.

Otro terremoto acaecido en 19 de Octubre de 1682 arruinó la ciudad de Pisco, retirándose el mar á tres kilómetros, volviendo rápidamente sobre la costa, arrastró en la inesperada inundación á los pacíficos habitantes que estaban entregados al sueño.

Lima completamente arruinada el 20 de Octubre de 1687, lo fué segunda vez en 1746, salvándose un solo habitante.

El de Riobamba, en la provincia de Quito, en 4 de Febrero de 1797, fué vertical, segun Humboldt, lanzando los cadáveres á grande altura, hasta una colina de más de cien piés de elevación.

Hizo girar las casas cambiando la orientación de tal modo, que algunas que tenían la puerta hácia el norte, la tenían despues

al occidente: muebles de las casas fueron trasportados á distancias increíbles y perecieron cuarenta mil indios.

Dos años despues murieron en dos segundos cuatro mil ciudadanos: la temperatura bajó desde 15° á 4° que es la ordinaria, y se vició el clima volviéndose mal sano.

El volcan de Jorullo que tiene 500 metros de altura, con seis conos alrededor, fué debido á un terremoto, pues comenzó á mugir el terreno llano, se abrió levantándose, exhalando cenizas y fuego por su ancha boca.

Otros más recientes han destrozado aquel rico país, que omito en obsequio á la brevedad y por ser más fácil, que tengan ya noticia los lectores. ¿Quién no ha oído hablar del terremoto de la Martinica, una de las islas Antillas menores más importantes, lo mismo que de la Guadalupe?

Notable es la viva pintura que del terremoto de Lisboa ocurrido en el siglo pasado nos hace Bouchot, y que ha traducido Busquets en estas palabras:

TERREMOTO DE LISBOA.

«Mientras renacia la prosperidad portuguesa bajo las hábiles manos de Pombal, una espantosa catástrofe acaecida el día 1.º de Noviembre de 1755 puso casi en cuestion la existencia de aquel país. Eran las nueve y media, y nada anunciaba una revolucion de la naturaleza, cuando de repente se sintió un sacudimiento seguido al cabo de dos minutos de otro tan terrible y brusco, que la mayor parte de las casas se conmovieron, cubriendo un espeso polvo la ciudad entera. Un tercer sacudimiento completó el desastre, derribando los conmovidos edificios y los que habían resistido anteriormente. Horrible espectáculo el de tantas ruinas, tantas víctimas y tantos heridos que en vano imploraban auxilio, haciendo aun más terrible el sombrío cuadro, el incendio y las desbordadas aguas del Tajo y del mar que inundaban la capital. Los sacudimientos se sucedían casi sin interrupcion, y sin ser tan violentos, renovaban incesantemente el espanto de los desgraciados portugueses. ¿Pero á dónde refugiarse? Las iglesias en que los fieles buscaban un auxilio se vinieron abajo, la campiña se abría en distintos puntos, y los buques del puerto se estrellaban unos con otros. En fin, la muerte estaba en todas partes y solo la Providencia salvó á los que sobrevivieron.

Las provincias más apartadas de Lisboa

(1) César Cantú, tomo 2.º, pág. 461.

(2) Id.—Tomo II, pág. 460.

sintieron tambien los crueles efectos de la catástrofe, pero en aquella ciudad fué terrible, ascendiendo á treinta mil el número de personas que sucumbieron, y á muchos centenares de millares las pérdidas que se experimentaron. Al cabo de veinte años Dumouriez escribió estas palabras: Lisboa, cuya descripción he hecho ya, es un monton horrible de palacios arruinados, de iglesias quemadas y de escombros semejantes á los de una fortificación que se ha hecho volar ...

Penoso es tener que consignar que el terrible terremoto no fué la única causa de las desgracias que pesaron sobre Lisboa: la maldad de los hombres no tuvo ménos parte que la naturaleza. Entre los humeantes restos de la hermosa ciudad, se veian divagar numerosas hordas de marineros, de negros, de soldados y de presos que debian su libertad á la caída de sus cárceles, pensando únicamente en saciar sus pasiones á su codicia, y podian hacerlo impunemente, pues en aquellos momentos cada uno procuraba solo para sí y para los suyos, habiendo desaparecido toda sombra de gobierno.»

L. Sazal.

(CONCLUIRÁ.)

LA MUJER CAIDA

Héla ahí, envuelta en perfumes y en vicios; héla ahí con mentida sonrisa, con miradas sin brillo, vendiendo placeres, exaltándose, levantando frenética en la orgía la copa humedecida por los lábios de su amante; mostrando sus formas manoseadas y decaídas; jugando, gritando, blasfemando; héla ahí arrebatada por una vida tempestuosa; irredimible, aborrecida, sola en medio de su gran corte de queridos; héla ahí; esa es la cortesana.

¡El mundo lanza una eterna maldición sobre ella! pero ¡ah! no hace mas que maldecir; no cuida de esas pobres criaturas, no indaga su historia; no hace distincion entre las perversas por degradacion voluntaria y las débiles sin educacion ni instruccion, arrastradas por un temperamento fatal, ó las que han caído impulsadas por la miseria y por la tentacion. El mundo no sabe que algunas de esas infelices han luchado con el hambre, que han sufrido todos los tormentos imaginables, que al fin sin amparo, sin consejo, sin apoyo, no han tenido otro medio que caer. ¡Y bien! hélas ya cortesanas; el mundo

las confunde; ya no tienen familia, hogar, parientes, amigos; todo lo han perdido con el pudor, todo, hasta la esperanza de redencion. Los hombres las tratan con dureza, los niños las persiguen y las insultan, las mujeres las desprecian con su desden más cruel; la sociedad las abandona; la religion las maldice; ni una mano que las levante, ni una palabra de consuelo, ni una mirada de compasion. Es preciso que el mal se pervierta más. Ellas son malas; han de ser peores.

¡La gran sociedad! La criatura caída no puede rehabilitarse. ¡Esta es la sublime máxima! Tú, mujer estraviada, no tienes derecho á quejarte; y si alguna vez sientes el deseo de redimirte y la aspiracion á bonificararte, has de ahogar tus sentimientos y tus aspiraciones. El mundo te rechaza. No encontrarás esposo, ni puerta que se abra á tus súplicas. Tu hogar estará cerrado para tí; tu familia te rechazará como el mundo: tus amigas de otros tiempos te han olvidado y no te reconocerán. Vete, mujer perdida, cortesana, vete; eres indigna de redimirte; por una vez que has sido mala, nunca puedes volver á ser buena; has de perecer en el peligro, has de ahogarte en el abismo; retoza, canta, sé coqueta, rie, gasta, blasfema, sé desenvuelta; ese es tu elemento; ahí nadie irá á estorbarte; al contrario; todos incitarán tu exaltacion impúdica; sigue por ese camino fatal, aunque las espinas se te claven en los piés y en el corazon; sigue á pesar tuyo; y cuando llegue tu hora postrera, no tendrás más derecho que á reclamar del mundo un rincon de muro ó un lecho en el hospital. Has de agonizar atormentada por sinsabores, olvidando tus placeres, mas no tus remordimientos, sin una voz amiga que endulce tus pesares, sin una blanda mano que cierre tus párpados. Despues, el silencio eterno. Oh! canta; rie, rie; cubre tu quebranto con esa risa impura, ya que no ha de haber nadie que cubra con lágrimas tu sepulcro.

La sociedad es la responsable de tu crimen; tú, criatura caída, lo eres tambien, pero ¿quién no es culpable en este mundo? ¿cuál es la mujer fuerte? Si despues de haber caído te arrepientes, ¿por qué no debes ser acogida? Oh! ¡y cuántas mujeres se arrepentirían de sus extravíos, si el mundo no las repudiese! La sociedad que no te educa, que prevé tu caída, que hasta te proporciona los medios para tu perdicion tentándote con la miseria ó con la lisonja; la sociedad que con sonrisa sarcástica te contempla

perder el pudor, que te mira indiferente cuando ya estás caída, que te vilipendia, que no vé ni quiere ver tus lágrimas, que no oye ni quiere oír tus súplicas, que te deja abandonada; la sociedad, que te cierra las puertas de tu hogar y del trabajo, que te deja sola en tu agonía y te arroja á la huesa comun, esa sociedad es la verdadera criminal.

Oh! ¡cuánto debes haber sufrido! ¡cuántas veces, á la caída de la tarde, en aquella hora de reposo y de melancolía, encontrándote sola por casualidad, habrás recordado las ondas de blanco humo que brotaban de la pequeña chimenea de tu casa, la vieja silla en donde se sentaba tu abuelo, las inocentes expansiones de tu amor primero, los besos de tu madre, y las flores que tú misma plantaste en el huerto de tu casa! ¡cuántas lágrimas habrás derramado, herida por esos recuerdos! Sola, olvidada de todos, rodeada por el silencio, en tu aposento, recostada en un divan, contemplando el espacio y las estrellas que empiezan á brillar; ¡cuántos profundos suspiros has exhalado! ¡cuántas miradas has dirigido á lo lejos! ¡como has pensado volver á tus dichosos tiempos, á la tranquilidad, á la estimacion, á la dignidad, á la vida!

Pero hé ahí que varios jóvenes de *gran tono* entran en tropel á tu aposento. Esos jóvenes interrumpen tu contemplacion y tus dulces recuerdos. Ea, cortesana, manos á la obra. Ríe, provoca los sentidos, vende caricias. Esos jóvenes tienen derecho á gozarte; te pagan.

NOMEN.

LA SOMBRA DE DOÑA JUANA

(CUENTO)

I.

Allá por los buenos tiempos en que el muy respetado rey de España D. Carlos IV entretenia sus ócios cazando liebres en sus reales posesiones, mientras que su esposa tambien se distraía con el auxilio del célebre favorito Godoy, existia poco ménos que en el centro de la histórica ciudad de Toledo un vasto caseron de parduzcos muros y acuartelado escudo sobre la puerta, que encerraba dentro de su seno cuatro de aquellas pesadas y artísticas carrozas (de las que en

la actualidad quedan pocos ejemplares) amen de sus correspondientes advinículos, cerca de dos docenas de criados entre ayudas de cámara, ladinos, lacayos, zafíotes y pizpirretas fregonas, y un señor que á pesar de su mucha edad y de ser tan seco y amojamado como D. Quijote, se creía uno de los galanes más gallardos que ornaban con su presencia los concurridos mentideros de la ciudad.

Llamábase D. Antonio de Sanabria; era rico y linajudo como él solo, y podia demostrar, gracias á sus no escasos pergaminos, que descendia del mismo Cid Campeador, ya que no de Bernardo el Carpio, ó algun otro héroe mucho más antiguo.

Allá en sus mocedades (que habian transcurrido hacia muchos años) por razones de familia, unióse con una dama, si no notable por su belleza, al ménos tan linajuda como él, y con un génio tan endiablado, y un carácter tan dominante, que el noble don Antonio bendijo á todos los poderes del cielo y enfermedades de la tierra, el día en que D.^a Juana (que este era el nombre de la señora) fué eliminada del número de los mortales para mayor expansion y regocijo de su martirizado esposo.

La tal muerte acaeció unos dos años antes del día en que tomamos el hilo de la presente narracion, y durante este intermedio, el de Sanabria, gracias á su viudedad, habia podido entregarse á aquella vida galante que formaba toda su ilusion y á la cual podia agradecer la continúa burla de que era objeto por parte de todas las damas, que merced á sus encantos, lograban la atencion de nuestro héroe.

Pero demos cuanto antes principio á nuestro cuento, porque creo que con lo dicho hay lo suficiente para que el lector haya trabado conocimiento con el viejo y linajudo D. Antonio de Sanabria.

II.

Era la hora en que en la época que transcurre esta narracion, España entera, ó más bien dicho, los españoles en masa, con el bocado en la boca y dejando para despues todas sus ocupaciones, se entregaban al clásico y benéfico ejercicio de la siesta.

En esto habia sus categorías. El infeliz jornalero se tendia en el campo sobre los surcos recién abiertos y bajo los rayos del sol; el panzudo canónigo roncaba sobre mullido lecho, y el estirado noble daba sendas cabezadas arrellanado en uno de aquellos colosales sillones capaces de contener des-

ahogadamente á tres arcedianos de Sevilla, que eran los clérigos que por entonces más fama gozaban de voluminosos y bien conservados.

Pero lo cierto es, que aunque sitios más ó ménos cómodos, todos los españoles, desde el rey hasta el último menestral, roncaban al comenzar la tarde porque así lo mandaban las patriarcales costumbres que entonces regían á los bisabuelos de esta generacion turbulenta y ávida de emociones de hoy en dia.

Era, pues, como antes íbamos diciendo, la hora de la siesta; ó más bien dicho, las dos de la tarde acababan de anunciar todos los relojes de Toledo, cuando D. Antonio de Sanabria, sentado en un alto sillón de terciopelo de Utrech, se disponía á dar principio á su diaria siestecilla que habitualmente solía durar hasta bastante entrada la tarde.

Como á aquellas horas el sol lanzaba sus rayos sobre la tierra con la fiereza propia del mes de Agosto, las ventanas del salón en que se encontraba el caballero estaban cerradas, pero no tanto que impidiesen la entrada de una pequeñísima parte del astro diurno, que en forma de hilillo de luz en el que flotaban millares de ínfimas partículas, venía á disipar en parte las tinieblas que reinaban en la fresca estancia.

D. Antonio cerraba los ojos con intencion de dormir, pero el recuerdo de cierta conquistilla, que por entonces llevaba entre manos, le desvelaba de tal modo que de buena gana hubiese llamado en su auxilio á Morfeo á no repugnarle el tener tratos con dioses gentiles, siendo católico tan rancio como era.

Ya comenzaba á cabezear el noble caballero, y su pensamiento se abismaba en las negras regiones del sueño, cuando sonó en la estancia contigua un estrepitoso ruido que rápidamente le hizo salir de su estupor.

Aquella estancia habia servido de habitacion á D.^a Juana, y como despues de la muerte de ésta, solo se habia abierto muy contadas veces, de aquí que D. Antonio no supiera á qué atribuir aquel estruendo, y lleno de miedo llamase á su mayordomo, enteco vejete de descomunal peluca y no menor nariz, más pícaro que honrado, y acompañado por el cual, se atrevió á abrir la puerta del contiguo salón.

Este tenia las ventanas cerradas y en su oscuridad solo pudieron columbrar los dos vejetes algunos muebles y adornos esparcidos por el suelo, y saltando sobre ellos con

pasmosa agilidad una forma negra, cuyo contorno se perdía en la sombra.

Al verla el mayordomo quedó inmóvil de terror y por poco no vino al suelo; pero don Antonio, si no ménos asustado al ménos impulsado por el miedo, cerró de golpe la puerta y gritó:

—¡Que Dios me valga! D.^a Juana mi esposa ha vuelto al mundo. Debe ser su sombra que vendrá á pedirme algun alivio para las penas que sufre en el otro mundo. Pronto; que venga el padre Nicanor que es el más entendido en estas cuestiones de ánimas, aparecidos y exorcismos.

III.

Y el padre Nicanor llegó al poco rato al palacio del noble D. Antonio, precedido de un monaguillo que caminaba abrumado bajo el peso de un descomunal librote, lleno de latinajos, y una no menor caldera que contenía agua bendita en suficiente cantidad para rociar de arriba á abajo el caseron de Sanabria.

Despues de algunas esplicaciones por parte del dueño de la casa, y de algunas medidas preventivas, tomadas por los servidores que á aquellas horas andaban azorados y temblorosos como si vieran nacer bajo sus plantas alguna legion de demonios, el padre exorcizador arremetió valientemente con la entrada de aquel salón, en que momentos antes dormitaba el asustado D. Antonio y que ahora se encontraba completamente desierto.

Tras la colosal figura del padre Nicanor veíase la enteca y enfermiza del monaguillo, y por encima de los hombros del primero asomaba una doble fila de cabezas, entre curiosas y aterradas que pertenecían á los fieles servidores de Sanabria.

Entre éstas, distinguíanse el grotesco rostro de D. Dimas (nombre del mayordomo de la casa) y la affigida cara de D. Antonio que en aquellos momentos arrojaba sobre sí toda la culpa de aquel extraño acontecimiento, pues estaba segurísimo de que doña Juana no hubiera abandonado el cielo ó el infierno (pues á ciencia cierta no sabía la residencia de su esposa) á no ser él un pícaro de siete suélas, que en vez de ocuparse en rezar el rosario como su edad lo exigía, entretenía sus ócios atentando á la virtud de todas las hermosuras que Toledo encerraba en su recinto.

Y el buen señor juraba y rejuraba para su capote el enmendarse por completo en el

momento que D.^a Juana, ó más bien dicho, el alma ó la sombra de ésta, evacuase al caseron merced á los conjuros del sábio don Nicanor.

Este en el entretanto, armado de un hisopo y la caldera de agua bendita, avanzó osadamente por la estancia, á la entrada de la cual quedaron todos los asistentes á aquel misterioso acto, más dispuestos á huir al menor motivo, que á contemplar la lucha entre el poder de los exorcismos y el furor infernal.

D. Nicanor, seguido pues por las miradas ansiosas de todos los circunstantes, llegó á la puerta de la habitacion de D.^a Juana, y fué á dar la vuelta á la llave que por olvido estaba en la cerradura, en el mismo momento que dentro de la estancia resonó otro ruido mucho mayor que el primero, y que introdujo el pavor en las filas que se agrupaban á la entrada del salon.

La mayoría, al escuchar aquello, se dispuso á volver las espaldas, pero se detuvo al ver que el padre exorcizador acababa de dar vuelta á la llave y abria la puerta al mismo tiempo que se disponia á leer en su tremendo librote, y á rociar la misteriosa estancia con agua bendita. Pero del negro fondo de la cámara, y apenas se abrió la puerta, saltó con gran rapidez un bulto que, dando de lleno sobre el valiente D. Nicanor, lo derribó en tierra mientras que la caldera y el hisopo, por efecto del golpe, surcaban el espacio para venir á caer sobre las cabezas de D. Antonio y D. Dimas y producirles dos chichones de un más que regular tamaño.

Al sentirse heridos los dos vejetes, dieron estrepitosos ahullidos y comenzaron á correr sin tino por el caseron, creyendo que la sombra de D.^a Juana corria tras ellos sacudiéndoles con un vergajo, mientras que el monaguillo, al ver á su superior en el suelo y los dos objetos de culto volando por el aire, creyó que á él le tocaba el turno, y lleno de espanto arremetió con tal furia por entre las piernas de los criados, que muchos de éstos cayeron en tierra muertos de miedo, creyendo obra del fantasma lo que tan solo era del sacristan en ciernes.

En el entretanto, la causa de aquel desbarajuste general ó sea la sombra de doña Juana, se paseaba por la estancia con la cola enroscada y lamiéndose los hocicos.

Era un descomunal perrote de los cuatro que por la noche guardaban el caseron, y que merced al descuido de un criado, había

podido introducirse en la habitacion de doña Juana, para general espanto de todos y particularmente de D. Antonio, que temblaba ante la idea de tener que aguantar por segunda vez el génio insufrible y despótico de su difunta esposa.

IV.

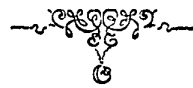
Cuando D. Antonio de Sanabria tuvo noticias de que la sombra de D.^a Juana no era otra, que uno de los perros de la casa, no vió como todos sus criados, á quienes lo cómico del desenlace habia convertido en valientes; antes al contrario, púsose sério y pensó que lo no sucedido podia muy bien suceder, y que si seguia haciendo aquel género de vida, algun dia D.^a Juana volveria al mundo para convertirle y aun para mayor castigo, Dios podia permitir que se quedase á su lado mientras viviese.

Y como solamente de pensar que esto pudiese suceder á D. Antonio, se le erizaban los cabellos, determinó variar su conducta y dió el último adiós á las hermosas tapadas, á las ruidosas francachelas, y á todos aquellos placeres que dias antes formaban su felicidad.

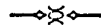
Aunque á nadie tenia ya que agradar, como á D. Antonio no le gustaba el aparecer con todos sus defectos á los ojos de sus conocidos, añadió algunos rizos más á su alba peluca, con el objetó de que nadie conociese aquel chichon hijo de un golpe de caldera, y pasó el resto de su vida rezando por el alma de su D.^a Juana y encargando á sus criados la vigilancia de los perros, para que éstos no dieran lugar á escenas como aquella que ocasionó su vuelta á la buena senda.

Si alguna vez olvidó sus temores y cometió alguna que otra travesurilla, no lo cuenta la historia, por lo que damos al lector las más amplias facultades para que lo averigüe.

V. Blasco Ibañes.



Crónica de la Semana



UNA boda.
Hé aquí un buen principio para esta crónica, tan pobre por la abrumadora esca-

sez de otros acontecimientos como por los cortos alicientes de mi modesta pluma.

Gracias, pues, á Himeneo, ese afortunado cazador de amantes parejas que me permite distraer el ánimo de los lectores con halagüeñas referencias.

Mi querido compañero D. José Fola, salió el lunes del solitario campo de la soltería, abriendo las puertas de la íntima vida conyugal, ese vergel que tantas flores hace brotar cuando solo el amor le cultiva.

El inspirado poeta ha unido su destino al de una señorita virtuosa, elegante y distinguida, que tiene para mí otro buen título; el de ser hija de D. Bernardino Montiel, redactor también de esta REVISTA.

Hasta el padrino de la boda, que comparó su grato oficio con D.^a Amalia Fola, hermana del contrayente, lleva un nombre que figura en la primera página, el de don Fernando Gasset.

Bien puede decirse, por todo esto, que la fiesta que á la boda siguió, era una fiesta de redaccion.

En efecto, ninguno de los que á ella pertenecen y residen en Castellon, faltó á la galante cita de los nuevos esposos que, con inusitada esplendidez, ofrecieron á sus numerosos amigos un *lunch* tan escogido por sus esquisitos manjares, como por la seductora concurrencia que lo animaba.

Mas de sesenta personas tomaban asiento en la adornada y bien servida mesa, y entre ellas ví valiosos representantes de las letras y de las artes, del comercio y de la banca, de la elegancia y de la hermosura.

Con la presencia de las mujeres que allí habia, no pudieron faltar diálogos más dulces que los que los dulces mismos, que sobre fuentes de tallado cristal lucian, y votos más ardientes que los espumosos licores que en bohemias copas hervian desbordándose brillantes.

A la grata influencia de esos cultos placeres, y con la amenidad de inspirados brindis y selectas ejecuciones musicales, transcurrió alegre la velada hasta avanzada hora en que los asistentes comenzaron á retirarse, dando á un tiempo la triste despedida y la cordial enhorabuena.

D. José Fola y D.^a Brígida Montiel, emprendieron al siguiente día un corto viaje, en el que gozaran las primicias de su felicidad.

Que encuentren en su vida tanta como ellos merecen y yo les deseo.

* * *

Junto á la alegría la tristeza; al lado de una noticia buena, otra mala.

Estaba anunciada para un día de la última semana la subasta del material para el ferro carril de nuestro proyectado puerto.

Anteayer se celebró, y aunque era ya la segunda, ningun postor tuvo.

¡Lástima que el tiempo pase sin dejarnos la realidad de utilísimas mejoras!

* * *

Las férias terminaron, puede decirse.

Murieron á manos de un adversario tenaz, las lluvias.

La abrumadora insistencia del nutrido aguacero llegó á infundir serios temores, alimentados por el recuerdo de no lejanas desgracias.

Por fortuna, el sol ha dejado ver al fin su faz risueña, y la noche se ha mostrado con toda la esplendidez de sus brillantes estrellas.

—¡Las estrellas!....

—¡Dos estrellas son tus ojos!—esclamaba un bizarro alférez contemplando el alegre rostro de su novia;—¡no sé qué daría por ellos!

—¿Qué harías si los tuvieras?—contestó ella.

—¡Oh!.... me los cosía á la manga y me tenias capitán.

Fabrizio.



MISCELÁNEA



Divorcio régio.—Un escándalo cortesano no está á la vista segun anuncian los periódicos extranjeros: el divorcio del rey de Sérvia.

El rey Milano está casado con una mujer hermosísima, la princesa Natalia Petrewna, de la familia de los Catargi. Tiene un hijo, pero enfermizo, débil y desahuciado por los médicos. Por otra parte, éstos han declarado que la reina Natalia no puede tener más hijos.

La dinastía de los Obrenowitzch está á punto de extinguirse. Y como en los buenos tiempos pasados, el rey Milano quiere hacer

con la reina Natalia lo que Napoleon con Josefina.

El rey tiene treinta y un años, y, segun parece, casará en segundas nupcias, si logra el divorcio, con una princesa austriaca ó rusa.

En realidad es agradable lo que el buen rey de Sérvia quiere hacer.

Ir mudando. La reina en cambio si es tan hermosa como dicen y está libre de tener familia, no le faltarán pretendientes en el gran mundo.

Y en el mundo pequeño; lo que hay es que éste calla lo que siente.

De todas maneras, nosotros elevamos nuestras preces al cielo para que ese matrimonio se arregle, y que el rey se deje de calaveradas.

* *

Los señores Vidal y Valls, de Barcelona, han puesto á la venta pública un papel de fumar, de su especial invencion, cuya pasta se compone exclusivamente de hilo puro y líquen de Irlanda, segun se manifiesta en los prospectos. Del análisis químico que á los mismos acompaña, resulta que dicho papel apenas deja residuos, por lo que es conceptuado de eminentemente higiénico para los fumadores. Puesto que es poco ménos que imposible desterrar de la humanidad el perjudicial vicio del tabaco, son de aplaudir los esfuerzos de dichos fabricantes para hacer nulos ó ménos sensibles los perniciosos efectos de la nicotina sobre la economía.

* *

Un periódico de Viena publica pormenores muy curiosos acerca la cocina de Federico el Grande, quien era á la vez avaro y goloso.

«Todas las mañanas preparaba los *menus* del almuerzo y comida con Noel, su primer jefe de cocina, y los aprobaba firmando al pié de la lista con su inicial F. En desquite era preciso someterle las cuentas especificadas, y no se miraba lo más mínimo para escribir al márgen reflexiones poco halagüeñas para sus cocineros. «Esto es un robo; mis gentes son rateros, etc.» Tales son los comentarios que el precio de los pavos inspira al rey filósofo.

»Federico no gustaba sino de platos muy picantes; las sopas servidas en la mesa llegaban la boca de los convidados, y habia algunos platos, tales como cierto pastel de anguila, que nadie se aventuraba á probar.

»El manjar predilecto del rey era la *bomba á la Sardanápalo*, invencion del cocinero Noel. Consistia en un repollo de col relleno de manteca, salchicha, azafran, setas, etc. El dia en que esta bomba apareció por vez primera en la mesa real, Federico mandó llamar á su jefe y le felicitó delante de todos los convidados. No contento con esto, consagró una poesia—detestable—á su cocinero.

»Era tan gloton como sóbrio en la bebida. Para apagar la sed, excitada á la continua por cocina tan picante como la suya, comia cantidades enormes de fruta. En su palacio las habia en todas las mesas y en todas las consolas, y sus mismos bolsillos estaban siempre llenos de manzanas y peras.»

* *

Los celos de una mora, ó inconvenientes de tener dos ó tres esposas.

«Dias pasados se cometió en Tánger un asesinato, consecuencia de la poligamia, ocurriendo la desgracia en la casa de un moro casado con una mora del pueblo y con otra del campo.

Riñeron éstas por cuestion de celos. La mora del campo la emprendió con una gruesa porra, asestando tan terribles golpes á su odiada rival de la ciudad, que esta infeliz mujer sucumbió, añadiendo una más al pavoroso catálogo de las víctimas de la poligamia.

La celosa mora homicida y el marido fueron presos y conducidos á la cárcel á esperar el fallo de la justicia marroquí.»

La medida adoptada con el marido, nos parece poco cristiana. Cierto que es mora. Pero de todos modos, si el hombre no se metia con nadie, y todo ello fué cosa de las mujeres, ¿cómo se le quiere obligar á que pague los vidrios rotos?

* *

Datos estadísticos, de origen oficial, revelan el hecho, en extremo sorprendente, de que durante el año de 1882, un 2 1/2 por 100 de los moradores de Holanda fueron llevados á los tribunales, convictos del delito de embriaguez. La poblacion total apenas llega á 4.000.000 y, sin embargo, se gastan anualmente en bebidas más de diez y siete millones de duros; cerca de cuatro duros y medio por cabeza.